



# De la vida y trayectoria del profesor Ramón G. Bonfil

Dr. Manuel Servín Massieu

Ramón Guillermo Bonfil Viveros nace en el pueblo de Tetepango, municipio de Tula en el estado de Hidalgo, el 10 de febrero de 1905. Su familia materna, originaria toda de ese lugar, se dedica entonces a las labores del campo y al pequeño comercio; la rama paterna reside en Jojutla, Morelos y hace su vida en otro nivel, como pequeños propietarios agrícolas.

Durante sus primeros años, la figura principal y básicamente responsable de Ramón Bonfil es su madre. Mujer humilde pero tenaz, sostuvo siempre el propósito de luchar por su hijo, para lo cual decidió trasladarse a la capital. Habitaban modesta vivienda en el barrio de Mixcalco. “Yo era un niño que cursaba el cuarto año de primaria y antes de las ocho de la mañana ya estaba camino a la escuela, para regresar a las doce y volver a clases de las 3 a 5 de la tarde. Vivía por la calle de San Antonio Tomatlán, en pleno centro de la ciudad”. Muy niño aún, Ramón Bonfil es, primero, vendedor de dulces en la calle y al terminar la escuela primaria, aprendiz en una peluquería, cuyo dueño finalmente lo despide. A pesar de su corta edad insiste en encontrar sustento para aportar su parte en los gastos de casa y logra conseguir trabajo en una imprenta, limpiando tipos.

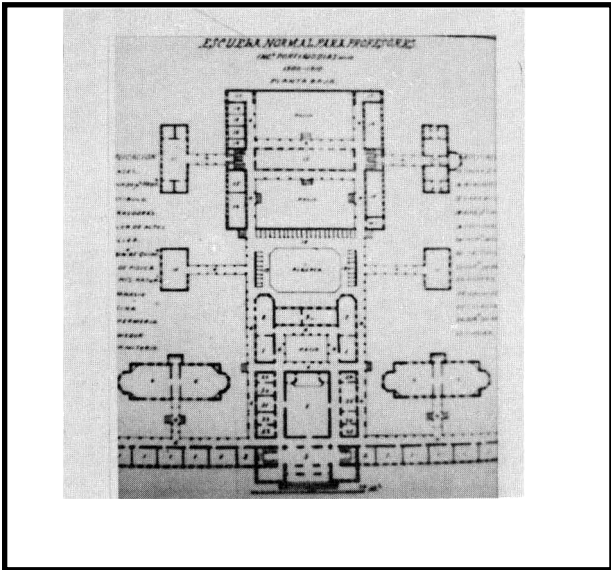
Sin importar sexo, edad ni condición social 1914 y 1915 estuvieron llenos de peligros y privaciones para quienes vivían en la ciudad de México

El abandono de las labores agrícolas y ganaderas del país, por una parte, había mermado el abasto de víveres disponibles y, por otra parte, las diversas facciones en pugna acaparaban granos, carnes, frutas y semillas en las zonas que permanentemente o temporalmente controlaban, a fin de abastecer a sus tropas o simplemente para impedir que el enemigo las utilizará en su provecho. Además, los ferrocarriles se ocupaban preferentemente de movilizar tropas y eran objeto de frecuentes voladuras. Queda claro entonces,

que la capital de la República sufría escasez de alimentos en tal grado que pan, tortillas y frijoles eran artículos de lujo, y obtenerlos era una tarea que ocupaba horas, e incluso días, para formar colas interminables y conseguirlos en cantidad mínima.

Es alrededor de esa época cuando el padre de Ramón Bonfil, médico, decide que se dedique al comercio de frutas y con ese propósito lo envía, en plena efervescencia revolucionaria, a los 11 años, sólo y por ferrocarril, hasta Tenango del Aire. Cuando Ramón intenta regresar, la vía del tren ha sido volada. Espera unos días y no hay ferrocarril, hasta que por consejo de un introductor de frutas busca otro medio de transporte y consigue una recua. Imágenes del regreso permanecen aún vivas en su mente, después de 77 años, al recordar “los racimos de personas colgadas en postes o árboles, a quienes el ahorcamiento alteraba grotescamente los rasgos faciales”.

Ya de nuevo en la Ciudad de México, su madre se opone a que su hijo siga exponiendo la vida en ese ir y venir fuera de la capital, y resuelve que no volverá a viajar aun cuando ella tenga que continuar enfrentando sola la atención de sus hijos. Ramón Bonfil recuerda también otras escenas de la época revolucionaria: el fuego cruzado en las calles de la ciudad entre las diversas facciones y las de personas hurgando por comida entre la basura. Con la alimentación deficiente y las privaciones en general se favoreció la aparición de enfermedades como la escarlatina, la viruela negra y el tifo, a lo cual se sumó la carencia de medicinas aumentando el número de defunciones. “El Jardín de Loreto era lugar utilizado por ‘La Gaveta’, tranvía popular para transportar los cadáveres hasta la fosa común en el Panteón de Dolores, en Chapultepec” recuerda don Ramón, quien también presenció que no obstante que el tranvía acarrea muertos todo el día, no se daba abasto y en ocasiones veía las hileras de cuerpos, en muchas ocasiones en-



Plano de la Escuela Normal de Maestros (actual sede de la SEP). Al centro se aprecia la alberca. Cd. de México, 1915.

vueltos únicamente en un petate, que permanecían allí hasta por dos o tres días.

A su regreso del último viaje como introductor de frutas un encuentro fortuito entre su madre y su maestra de tercero de primaria, Caritina García, cambió el sentido de su vida.

La maestra, enterada de los peligros que había corrido, solicitó al director de la entonces Escuela Normal para Varones, profesor José Arturo Pichardo, que admitiera a Ramón como interno, y aun cuando los cursos ya se habían iniciado fue aceptado. En este punto debemos recordar que hacia 1918 la Escuela Normal fue privada de su regio edificio en Popotla, el cual fue destinado poco después al Colegio Militar, del cual aún alberga una parte en el presente.

La Normal de Maestros ocupó entonces los tres pisos del segundo patio de lo que actualmente es el edificio de la Secretaría de Educación Pública, entre las calles de Venezuela y Argentina. En el primer piso estaban las aulas; en el segundo, los dormitorios, y en la planta baja, el comedor, el gimnasio, la ropería, la lavandería y ... la alberca. Había estudiantes externos e internos. De estos últimos unos eran becarios que además del internado recibían una pensión en efectivo; otros eran medios becarios. Allí los normalistas pudieron continuar su activa y enriquecedora vida de internos e intentando superar la pérdida de su lujoso y funcional edificio de Popotla.

La organización de la Escuela Normal permitía la formación de buenos hábitos: a las seis de la mañana se escuchaba el toque que llamaba a levantarse; a las seis y cinco los internos debían estar en pie y sus camas arregladas; de inmediato tomaban clase de gimnasia y, en seguida, un baño de agua fría con regadera de presión; pasaban luego a la biblioteca para cumplir con su reglamentaria media hora de estudio. A las 7:30 horas tomaban el desayuno correspondiente al régimen alimenticio, “un tanto norteamericano”, implantado por el director José Arturo Pichardo. A las ocho de la mañana se iniciaban las actividades académicas, y a las 13:00 horas los alumnos tomaban su almuerzo. En la cena tomaban sopa, dos guisados, frijoles y pan. “La comida era espléndida, estábamos super-alimentados”, comenta el profesor Bonfil.

“Mi preparación escolar previa a la Normal, había sido deficiente y eso me causaría, a los 11 años de edad, conflictos por bajo rendimiento”, lo que supera ya en la Normal, con el apoyo de maestros como Daniel Delgadillo, Leopoldo Kiel, Toribio Velasco, José A. Castanedo, el propio director (que residía en la escuela y convivía con el alumnado) y don Ponciano Rodríguez, entre otros. Había dos tipos de organización de grupos: una de dormitorio y otra de mesa de comedor, cada grupo con su respectivo jefe. En la organización de estos grupos nada tenían que ver los grados; convivían indistintamente jóvenes de todos los niveles escolares, que en ellos se agrupaban de manera espontánea según afinidades. Esto implicaba un gran beneficio para los normalistas que cursaban grados inferiores y que obviamente eran más jóvenes, porque al suscitarse discusiones de tipo académico entre los mayores, los primeros aprendían de los segundos y de esta manera empezaban a tener conocimiento de materias tales como psicología, lógica y otras propias de los grados superiores.

En 1918-1919 había cien estudiantes internos y veinte externos. “La convivencia era muy cordial. Teníamos un reglamento no escrito, lo habíamos formulado entre todos... y coexistía un interés genuino por el deporte, pero para ser deportista era requisito indispensable ser buen estudiante. La vecindad con la Escuela Nacional Preparatoria y la promoción de competencias deportivas originaron una sana rivalidad entre

los estudiantes de ambas instituciones educativas. A pesar de que el grupo de deportistas preparatorianos era más numeroso, generalmente los normalistas resultábamos vencedores. En cierta ocasión, de veintisiete alumnos que mandamos, todos tuvieron premio; les ganaron a cincuenta y tantos preparatorianos. Esta vecindad y la consecuente rivalidad deportiva entre la Normal y la Preparatoria ocasionaban que cualquier incidente desembocara en golpes. Bajo la dirección del profesor Alberto Capilla, responsable de deportes, fue que los normalistas de esa época participamos en dichos eventos, que nos motivaron hasta para reconstruir la alberca de la escuela, que estaba en la parte que actualmente corresponde a la salida directa del edificio a la calle de Venezuela. Nos dimos el lujo de iluminarla para que, en eventos nocturnos los alumnos se tiraran clavados desde el 2o piso”.

“La vida académica en esos años giraba principalmente en tomo de ejes de estudio establecidos por los profesores Daniel Delgadillo, José A. Castanedo, de lógica, y Ponciano Rodríguez, de matemáticas. El primero, como maestro de técnicas de la enseñanza y de geografía iba a la primaria anexa a dar sus clases de demostración. Era un excelente maestro. Explicaba difíciles temas de geografía física a niños de primer año de una manera tan clara y amena, que cuando él se despedía los pequeños se abrazaban de sus piernas y le decían ‘no te vayas, Daniel, no te vayas’. A nosotros nos ocurría lo mismo, en sus clases no se oía ni el zumbido de una mosca... Era una maravilla de expositor, empleaba mucho las manos”.

Agrega Bonfil que el maestro Delgadillo aprovechaba temas de geografía física como los movimientos de la Tierra y su satélite para orientar simultáneamente a los jóvenes acerca de temas tan humanos como el amor. Don Daniel Delgadillo era muy amigo de otros maestros, como Don Toribio Velasco, pero éste último “era muy rígido, de una rigidez poco inteligente, autoritario y poco sólido como catedrático... Al cumpleaños de Don Daniel íbamos todos los alumnos a cantarle ‘Las mañanitas’; al de Don Toribio no iba nadie. Definitivamente puedo señalar que fue Don Daniel Delgadillo el maestro que más influyó en mí; tenía mucha experiencia pues daba clase a diferentes niveles, desde primaria hasta la universidad. Fue además autor de libros

que se utilizaron en primaria a lo largo de la década de los treinta y parte de los cuarenta; eran ‘Saber leer’, ‘Poco a Poco’ y ‘Adelante’. Consumado violinista, era hombre generoso y a los alumnos de la Normal en necesidad les obsequiaba desde libros hasta dinero... ”.

En esa época las condiciones materiales y académicas que la Normal, con su internado, ofrecía a los jóvenes eran mucho mejores que las de sus propios hogares, sobre todo de los de provincia. Esa diferencia fue decisiva para alentar la movilización social, económica y cultural de los grupos de jóvenes que transitaban por sus aulas.



RAMÓN G. BONFIL, 1992.

Los estudios avanzaban y ya para el último año de ellos, 1922, Ramón es electo Presidente de la Sociedad de Alumnos de la escuela. Para dar la bienvenida a los nuevos alumnos, los que egresaban señalaban a través de Bonfil: “Ustedes compañeros, deben sentirse orgullosos de ser normalistas. Toda la tradición gloriosa de nuestra escuela la dejamos en sus manos para que la sigan manteniendo firme e invulnerable. Nosotros nos vamos, pero tenemos fe en ustedes porque sabrán portarse a la altura de su deber en el trabajo y en el deporte... ”. Sus palabras eran premiadas con aplausos por los nuevos estudiantes que escuchaban con atención la facilidad de expresión y el hondo sentido de su pensamiento.

En este punto y a pregunta expresa que hicimos al profesor Bonfil sobre el dictado de sus recuerdos y experiencias frente al dilema: ¿El Profesor nace o se hace?, Don Ramón nos indicó rápidamente: “Ambas cosas, pues forman una conjunción indisoluble, ya que ¿de qué le sirve tener una actitud favorable, si no dispone de los medios para ejercerla?; o la inversa, ¿de qué le sirven los medios sin la actitud correcta?”.

En el último año de Normal a Ramón se le otorga como estímulo, igual que a otros compañeros distinguidos, una plaza de maestro en una escuela nocturna para trabajadores.

El maestro Bonfil identifica entonces la incongruencia de enseñar a los adultos en bancos para niños y con materiales para niños, y comienza desde entonces a estudiar sistemas para educación de adultos, interés que mantiene a lo largo de su vida. Es en ese tiempo que, aún como Presidente de la Sociedad de Alumnos, invita a los maestros de la capital para apoyar un movimiento generado por el descontento que producía el retraso en el pago de los sueldos, retraso que alcanzaba hasta diez o veinte pagos no cubiertos. Como represalia, Don Francisco César Morales, catedrático de la Normal de Varones y jefe de los Servicios Educativos, con rígida autoridad los castiga y no incorpora a Bonfil y a parte de su generación al servicio educativo ... Así, al terminar su carrera, terminaron también los beneficios del internado y la plaza en la escuela nocturna. Los egresados del interior del país, sin casa, dormían en la Alameda Central de la Ciudad de México, o se albergaban en los domicilios de otros compañeros que por solidaridad los recibían.

Poco tiempo después Don Adolfo de la Huerta, Secretario de Hacienda y sonorense de origen, solicita maestros para su tierra natal y Bonfil reúne a sus compañeros de generación sin empleo para proveer con sus servicios a ese Estado. En 1923 emprenden la aventura de llegar por ferrocarril y barco a su nuevo destino. Con 18 años de edad, lo nombran director de la Escuela Primaria en Pueblo Nuevo, Cananea, y en su relación con la comunidad presencia las luchas laborales de los mineros. Su estancia es corta, sólo unos meses; por la obligación de recibirse debe regresar a México.

Presenta examen profesional con éxito y lo envían a Tepepan, Xochimilco, para dirigir una escuela unitaria, donde comparte con otra maestra un galerón, dividido en dos salones por una manta intermedia. Ella atendería el primer año, y él los grupos de 2o, 3o, y 4o. Labora el turno mixto de esa época, que era de 8 a 12 por la mañana, y dos horas más por la tarde. Programa con frecuencia encuentros deportivos y excursiones a las entonces lejanas Fuentes Brotantes

de Tlalpan y otros lugares que permitían a sus alumnos conocer algo más que Tepepan y Xochimilco. Quién le diría al entonces joven profesor Bonfil, que muchos años después, en 1993, en amena charla con el que esto escribe y como parte de su rica experiencia en los diversos niveles y tipos de escuela, nos indicaría: "Gran parte de las escuelas que dan servicio a campesinos hoy en día, son escuelas unitarias a cuya compleja problemática viene a sumarse la que provoca el gran ausentismo de profesores en el sector rural... Faltan muchos profesores y de calidad, para el campo mexicano".

Posteriormente labora como maestro de primaria en diversas escuelas de la capital, entre ellas algunas de las que se llamaban "escuela tipo", por ser completas y estar servidas por maestros de mejor preparación. A su paso por ellas, como empieza a ser su costumbre, propone y realiza actividades extramuros, con la finalidad de comunicar la escuela con su entorno y viceversa. Para Ramón Bonfil, una de las fallas que más contribuirían al decaimiento nacional en la educación después de 1940, fue el que la escuela se "encerró" en el salón de clases "para educar niños" y se aisló de la comunidad, dejando de educar al pueblo.

Su deseo de superación lo lleva en 1925 a inscribirse en la entonces Escuela de Altos Estudios y la Facultad de Leyes. Pese a ser un alumno sobresaliente, inquieto y crítico, no culmina sus estudios por razones personales, pero recibe cátedra e influencia de Alfredo E. Uruchurtu, Moisés Sáenz, Luis Chico Goerne, Antonio y Alfonso Caso, Aragón y Leyva, entre otros; abandona la carrera de Derecho en el 2o. año, arrollado por el ímpetu de la reforma vasconcelista ala educación que clamaba "¡Todo al campo!" y permuta su plaza citadina de maestro por una foránea y regresa, en 1927, a la capital de su estado, para laborar en Pachuca y áreas vecinas.

En Hidalgo, tuvo varia tareas: Primero maestro y más tarde inspector de primarias en la zona de Actopan y de Tulancingo.

Su casa es un viejo convento del siglo XVI en Actopan, donde duermen él y su esposa (recién casados) en las celdas mismas del imponente monasterio. Labora todo el día y recorre su área

de responsabilidad a caballo; promueve la creación y construcción de escuelas; organiza juntas pedagógicas con los maestros, y elabora un periódico de orientación política. Su capacidad llamó la atención del propio Mtro. Moisés Sáenz, Subsecretario de Educación, que supo de él ya que, además de la información que recibía de otras fuentes, él recorría personalmente las zonas escolares y hablaba con los maestros.

Esta fue la época también de las llamadas Misiones Culturales, contribución original de nuestro país a la educación rural que llamó la atención de propios y extranjeros durante varios años. Creadas para capacitar maestros rurales y “hacer de sus escuelas agencias de mejoramiento y desarrollo de la comunidad”, señala el Profesor Bonfil, “las Misiones cubrían en sus programas, diversos aspectos como agricultura, curtiduría, lechería, vacunación, organización comunal y otros. En 1924 se pusieron en marcha seis misiones que jefaturaron maestros distinguidos a los que conocí y de algunos de los cuales fui alumno y me consta su sólida preparación y su profesionalismo; para 1925 las misiones se aumentaron y se les integraron otros tantos maestros igualmente distinguidos. Formar parte de una Misión Cultural era un honor y garantía de alta calidad profesional... ”.

“Los programas intensivos que seguían las Misiones Culturales”, continuó Don Ramón, “eran expresión elocuente del furor educativo y la prisa (sic) por lograr el advenimiento del hombre nuevo que caracteriza a toda auténtica revolución social ... Sería deshonesto afirmar que no había fallas, errores ni desviaciones; personalmente asistí como alumno, siendo maestro de escuela tipo, a un ‘instituto’ (así se le llamaban a los cursos) en Actopan, Hidalgo, dirigido por un Ingeniero que ignoraba en absoluto todos los asuntos técnicos de carácter educativo... Fallas como ésta no faltaron, aunque no eran comunes; en cambio, acciones eficientes, esforzadas y a veces ejemplares, fueron frecuentes, así como contribuciones para conformar una nueva pedagogía basada en nuestra realidad nacional”.

Entre las críticas más sólidas a la obra de las Misiones, figuró siempre la corta duración de sus programas y la falta de coordinación con otras agencias gubernamentales; “por ello en 1928, Moisés Sáenz buscó poner remedio a tal situa-

ción con la creación de una Comisión Coordinadora y Misiones Culturales Permanentes. En cuanto a estas últimas, fui testigo y actué en el ensayo llevado a cabo en mi zona escolar de Actopan, Hidalgo como inspector instructor; lo dirigió y supervisó personalmente el maestro Sáenz — comenta Don Ramón y agrega inmediatamente —, el Profesor Rafael Ramírez, artifice de las misiones, tuvo siempre la fama de gran educador, aunque manejó básicamente sólo técnicas; la fama no alcanzó igualmente a Moisés Sáenz, nuestro gran sociólogo educativo de la época, al que pienso todavía no se le ha rendido un merecido reconocimiento”.

“Don Rafael Ramírez era una persona muy especial en sus actitudes y hábitos — dice el profesor Bonfil— siempre escribía a mano y cuando en alguna ocasión se le obsequió una máquina de escribir, se decía que la devolvió enérgicamente ya que él ‘no aceptaba dádivas’. También en cierta ocasión el Profesor Ramírez fue informado que se había hecho merecedor de una compensación, adicional a su jubilación; el encargado de hacer la comunicación verbal correspondiente era el propio Oficial Mayor de la SEP — en ese tiempo, Luis Echeverría Álvarez—. El hecho molestó al profesor Ramírez, quien señaló que le bastaba sólo la jubilación que marcaba la ley”. Finalmente aceptó.

Al pedir a Don Ramón nos ampliara sus recuerdos referentes a Rafael Ramírez nos señaló en este punto la crisis que hubo cuando se cerró en México la “Casa del Estudiante Indígena”, en 1932, y que poco después fue reemplazada por once internados en zonas de densa población indígena; esto dio lugar a situaciones como la que se refleja en la anécdota siguiente contada por el Prof. Bonfil: “Salvador Varela Reséndiz fue compañero normalista desde Actopan y amigo mío; él optó por irse al trabajo en la sierra tarahumara. En alguna ocasión coincidimos en la Oficialía Mayor de la SEP, cuando Salvador era regañado por el Jefe de Escuelas Rurales, Rafael Ramírez, quien le gritaba ‘¿por qué cuando se le buscó no estaba en la cabecera de zona?’, a lo que Varela contestaba, defendiéndose, que la sierra era muy abrupta y los caseríos dispersos, señalando de paso que no procedía la fundación de escuelas; se requerían internados rurales de carácter laico (los internados del clero ya habían

desaparecido). Explicaba Varela que para operar el internado con 30 indígenas (estudiando para maestros rurales) en la región de Huachochic había contado con el crédito de un español generoso, dueño de una tienda en la región, que le había facilitado 10 mil pesos para los gastos. Para mi sorpresa, en medio de la discusión, Don Rafael Ramírez solo dijo: '¿Y ahora quién va a pagar esos 10 mil pesos?'. Salvador Varela dijo: 'Pues yo gano 300 pesos al mes'. Afortunadamente la deuda se saldó mediante una entrevista formal concertada con la máxima autoridad educativa del país, en la que se expresó el agradecimiento respectivo al español que había prestado el dinero, aunque este agradecimiento... llegó unos quince años después, cuando el Secretario de Educación era Manuel Gual Vidal, (1947-1952).

Después de su estancia en Hidalgo el subsecretario llama a Ramón G. Bonfil para ofrecerle dirigir la Escuela Normal Rural de Rioverde, San Luis Potosí, experiencia que todavía recuerda como una de las más gratas de su vida y que ocurrió hacia 1929 o 1930.

El profesor conciliando esfuerzos, logró que el Director, los maestros y los alumnos en Rioverde trabajaran concertadamente de la mañana a la noche para mantener mejor la escuela. Con ese propósito realizaban desde la siembra de la caña de azúcar hasta su procesamiento en el trapiche; con el producto de este trabajo se dotó de lo necesario a la escuela y se construyó un teatro a donde se invitaba a la comunidad para diversos eventos. Como ejemplo anecdótico de su paso por San Luis Potosí, destaca el enfrentamiento que sostuvo con un cacique potosino, compadre del entonces gobernador, Saturnino Zedillo, quien se había apoderado del trapiche y pagaba una miseria a los campesinos; como consecuencia de dicho enfrentamiento la Escuela Normal y su director Bonfil se hicieron muy populares en la región.

Establece también Bonfil en Rioverde los jueves sociales, donde se presentaban obras de teatro, se declamaba, se cantaba y se bailaba, en compañía de toda la comunidad. Evidentemente, los nexos entre la Escuela y la comunidad, fuertemente reforzados por interés mutuo, eran un apoyo para ambas partes.

Interrumpe Ramón Bonfil dicha empresa, ya que se le ofrece la oportunidad de volver a Sonora, como Director Federal de Educación. El día que abandona Rioverde, la comunidad entera acude a despedirlo y los de a caballo lo escoltan hasta el ferrocarril.

A los 25 años de edad, ya en Sonora, se convierte en el Director Federal más joven del país.

Labora de la mañana a la noche y recorre todo el territorio sonorense, a veces hasta el agotamiento, para orientar y alentar al maestro y promover la fundación de las Ligas de Mejoramiento Campesinas, organismos de la comunidad para la realización de la acción social de la Escuela Rural. Durante esa época, imprime un folleto relacionado con estas ligas que, aunque útil inicialmente sólo a Sonora, es posteriormente difundido y conocido hasta el otro extremo del país. Vale la pena detenerse a examinar con cierto detalle esta circunstancia ya que las agrupaciones de referencia, además de ser un modelo trascendente, plasman en alto grado muchos de los elementos teóricos y metodológicos que enmarcan la relación escuela-campo; revisemos pues en las propias palabras del Prof. Bonfil, la idea y perspectivas de las "Ligas Campesinas".

"Las Ligas Campesinas de Mejoramiento fueron creadas en Sonora en 1931-1932, como medio concreto de realizar la acción social y el papel



CREDECIAL DE RAMÓN BONFIL COMO DIRECTOR GENERAL DE EDUCACIÓN, EN SONORA, 1931

socializador, que asignaban las autoridades a las escuelas rurales que, más de prisa que despacio se multiplicaban, cubriendo el territorio nacional de uno a otro confin”.

“Para aclarar ideas, fijar contenidos y dar organización eficaz a la acción social de las escuelas y los maestros rurales, la Dirección Federal de Educación, a mi cargo, convocó a una junta de inspectores, que se reunió en Hermosillo y trabajó esforzadamente durante más de una semana. La junta de inspectores me encomendó resumir sus acuerdos y diseñar un organismo comunal que ejecutara las acciones programadas por los vecinos, estimulados y dirigidos por el maestro, pero no como responsabilidades de él, sino de los miembros de la comunidad que ésta eligiera ... Redactado el trabajo — continúa Don Ramón —, fue puesto a la consideración de los inspectores y presentado al gobernador Rodolfo Elías Calles, que con su aprobación nos dio un oficio” exhortando a los campesinos “con el fin de trabajar tenazmente por su propia elevación. Con este material imprimimos un folleto que distribuimos profusamente y que a medida que fue conocido, circuló en diversas regiones del país, algunas de las cuales lo reprodujeron mimeográficamente aplicando sus sugerencias”.

“Partiendo de que la escuela, además de sus tareas tradicionales, tiene como finalidad la de contribuir a mejorar las condiciones materiales de vida y elevar el nivel espiritual de la comunidad, el folleto de referencia analiza la influencia de la comunidad, para concluir que ésta es mayor que la de la escuela, pero frecuentemente perjudicial por su estado de atraso, prejuicios y hasta vicios, lo que demanda en la realidad que sea la escuela la que contribuye a transformar a la comunidad, bajo la responsabilidad de todos sus miembros”.

“Las ideas anteriores cimentaron la creación de las Ligas Campesinas de Mejoramiento; intentaban en primer lugar, organizar a los vecinos de un poblado en un solo núcleo, sin distinción de sexo, credo ni partido, y con el fin preciso de mejorar a la comunidad fuera en su vida económica o en su vida cultural y social. Para cada renglón del mejoramiento, según la localidad, se elegía un “Comisario” -nombre que tenían las autoridades municipales en los pequeños poblados- proponiéndose comisarias de educación,

higiene y salubridad, caminos y mejoras materiales, reforestación, mejoramiento económico, antialcoholismo, deportes y recreación, con un programa para cada una de ellas. Los comisarios integraban el consejo comunal con autoridad máxima en la asamblea vecinal”.

“El proyecto fue bien recibido en todo el Estado de Sonora y los informes de los consejos comunales fueron alentadores, dando cuenta de muchas acciones como la iniciación de un campo deportivo, la apertura de una calle a partir de la escuela, el aseo general del pueblo, arreglo de cercas, desmonte de corrales y frente de las casas, aumento y regularización de la asistencia escolar, desmonte y arreglo del camino vecinal, etcétera. Fui testigo de la visita sabatina de la comisaría de salubridad de San Lorenzo, que con grupos de jóvenes recorría hogar por hogar y ayudaban al arreglo y aseo de las habitaciones, cuando la dueña tenía impedimento o incapacidad de trabajo. Al informar al Departamento de Escuelas Rurales esta labor, para la cual no había sido necesaria autorización expresa, el cuerpo de inspectores fue felicitado”.

“Tiempo después tuve la satisfacción de ver funcionar Ligas Campesinas de Mejoramiento en Jalisco y en Yucatán. Tal era la libertad de acción y la aceptación de las autoridades para las contribuciones del magisterio a la obra de las escuelas rurales y la elevación del campo”.

La coincidencia de factores, ideología y personas altamente representativas de la época puede entenderse mejor a través de una anécdota más, de las muchas que enriquecen la charla con nuestro entrevistado. Cuenta el Profesor Bonfil que en cierta ocasión, curioso, don Francisco Elías, tío de Don Plutarco Elías Calles, al ver noche tras noche encendida la luz hasta altas horas, llegó una madrugada a ver qué pasaba en las oficinas de Ramón y con la autoridad de su investidura, recorre los dos cuartos de la Dirección Federal de Educación, con sede en la calle Serdán en Hermosillo. Comprobando lo que se le había dicho: el director trabaja, lee, escribe, planea.

En 1930, al doctor Jorge Manuel Puig Casouranc lo sustituyó, como encargado del Despacho del Ramo Educativo, don Alejandro Cerisola, y el 27 de octubre de 1931 el presidente Pascual Ortiz



Rubio nombró a don Narciso Bassols Secretario de Educación Pública.

Bassols llama entonces a Bonfil para que aceptara un significativo reto de educación agraria: ir con el cargo también de director a Jalisco, “donde imperaba la corrupción y el terrorismo de un pequeño grupo de inspectores.

“Como muestra de su prepotente hegemonía, habían llegado hasta el despojo de emolumentos a maestros a quienes amenazaban de muerte. Ahí debería tratar de poner orden y una organización honesta”.

La reacción en contra de Bonfil por parte de ese grupo, no se hace esperar. Ofrecimientos desde una cantidad cinco veces superior a su sueldo a cambio de su obediencia, “fines de semana en Chapala equivalentes a orgías”, “conseguirle la Dirección de la Escuela Nacional de Maestros”; hasta “apedrearle su casa, amenazar la integridad de su familia, promover un paro de comerciantes y una denuncia baja que fue rechazada por las más altas autoridades de la justicia en el país”.

En medio de esa pugna, Ramón Bonfil, junto con Celerino Cano y otros que pertenecían a la Unión de Inspectores, apoyan la creación de la Confederación Mexicana de Maestros, de la cual el profesor Bonfil fue el primer Secretario General. Buscábase una opción emergente más honesta, con administración transparente y procedimientos claros.

“ La reacción de Bassols fue un tanto contradictoria: apoyaba o simpatizaba con la organización, pero no aceptaba que directores federales la encabezaran y con motivo, o pretexto, de la ausencia de Bonfil por dos o tres días, lo citó para entregarle como “advertencia” la suspensión por un mes, pese a haberlo felicitado antes por su desempeño como Director General. Pasado el mes y junto con Cano, lo llama nuevamente el secretario, esta vez para trasladar a Celerino Cano de Michoacán a Baja California, y a Bonfil de Jalisco a Yucatán, con el evidente propósito de desvinculara los dirigentes. En Yucatán repite Bonfil su forma de trabajo que consiste principalmente en recorrer (en cualquier transporte y frente cualquier barrera física) el territorio a su cargo. No en balde es Director de Educación Federal en el estado (1932-1933). Ni desde tan

lejos Bonfil renuncia a la representación que le habían conferido los maestros; esto trajo como consecuencia nuevo llamado y... nuevo castigo. No se cumple porque Bonfil presentó antes su renuncia. El licenciado Bassols pidió reconsiderar la renuncia y Bonfil solicitó reconsiderar el castigo. Bassols esgrimió lógicamente el principio de autoridad. Bonfil tampoco cedió y recuerda bien el disgusto del Secretario, quien le dijo que su renuncia era una “mutilación” para la educación. Así quedaron las cosas hasta que años después se restableció la comunicación entre ambos, pues el respeto y el afecto que hubo entre ellos, pese a las diferencias, aún existía”.

Debe mencionarse que, desde tiempo atrás múltiples comisiones en distintas partes del país fueron encomendadas por el Partido Nacional Revolución (PNR) del que fue uno de sus fundadores.

Una de ellas fue apoyar la campaña para Gobernador de Querétaro del Coronel Ramón Rodríguez Familiar, en 1935-1936. El Colegio Civil de Querétaro (después Universidad de Querétaro) había sido cerrado; el coronel Rodríguez Familiar lo quiso reabrir y la condición que le pusieron fue el nombramiento del profesor Bonfil como Rector, función que compartió con la Dirección de la Normal de Querétaro y cátedras en ambas instituciones. Fue entonces que yendo más allá, el gobernador requirió de sus servicios en el gabinete estatal como Secretario de Gobierno, y el Congreso del Estado hubo de reformar su Constitución, la que exigía para ese puesto la condición de ser oriundo del estado y abogado de profesión.

En el año de 1940, cuando el general Mújica, el general Avila Camacho y Almazán eran candidatos a la presidencia, Ramón Bonfil se declara mujiquista y se mantiene leal a su candidato hasta el final, tal como hizo con su gremio años atrás; miembro del Comité de Propaganda no cambia de bandera... El resultado de dichas elecciones es ya un hecho conocido de nuestra historia política contemporánea; lo que se desconoce es que, además de los cambios drásticos que se produjeron en la política educativa después de 1941, la situación personal del Prof. Bonfil, como exmujiquista, se hace muy difícil ante las nuevas autoridades de la SEP.

“En ese entonces — dice el Prof. Bonfil— , daba yo clase en la Escuela Nacional de Maestros, en un grupo donde por cierto estaba una de mis hijas, cuando fui llamado a la Dirección de la Escuela para darme a conocer un acuerdo del Secretario en el que se indicaba que ningún maestro menor de 50 años podía dar clase en la Normal — como prevención para la mayor seguridad del alumnado femenino— tal medida era risible... En realidad, dicha acción fue un pretexto para que yo quedara removido y reasignado a una escuela en Azcapotzalco, con un horario diferente, en que no había grupo, martes, jueves y sábado, cuando la escuela estaba cerrada. Fue un cortar cabezas a la educación de los treintas, de la que Moisés Saenz había sido el motor... muchos viejos maestros fueron cesado. También fue entonces — durante la gestión del Lic. Vejar Vázquez como Secretario y Roberto T. Bonilla como Subsecretario— , que se mandó derribar el letrero homenaje a los maestros socialistas caídos, existente en el patio central de la SEP, el pretexto de construir la escalera central que existe hasta nuestros días y que no era necesaria; en suma, hacia 1942, el dueto Vejar Vázquez-Bonilla, fue una pareja fatal para la educación nacional, especialmente la rural... ”.

Bonfil queda desempleado y sale de la SEP, aunque años más tarde regresaría para reiniciar su actividad magisterial en el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, la Escuela Nacional de Maestros y la Escuela Normal Superior.

El PNR (hoy Partido Revolucionario Institucional) y la Confederación Nacional Campesina, de la que también fue fundador, le llamaron en 1942 para participar como diputado en la XXXIX Legislatura, por el distrito que comprendía Tulancingo, Apan y Tenango de Doria. Al término de su gestión como legislador, en 1945 o 1946, se queda cesante por no haber apoyado al candidato Miguel Alemán (1947). Después de un breve periodo en la CEIMSA (Compañía Exportadora e Importadora de Maíz S. A.) se incorpora, como inspector de alfabetización campesina en el Departamento Agrario de la CNC, bajo el Jefe del Departamento, licenciado Mario Souza. Este periodo le permite continuar en su lucha por atender los problemas campesinos lo que amerita que se le promueva primero, como Secretario de la Comisión Política y enseguida como Oficial Mayor (1948-1950).

Después de 1950 retorna una vez más el contacto con su origen magisterial y se incorpora como profesor a la Escuela Nacional de Maestros hasta 1951.

Es invitado a sumarse como catedrático al Centro Regional para la Educación Fundamental en América Latina (CREFAL), donde laboraría de 1956 a 1960.

Cubre la cátedra de Desarrollo de la Comunidad, con prácticas y teoría en los poblados alrededor de Pátzcuaro, consistentes en la creación de pequeñas industrias, promoción y mejoramiento de la vivienda, así como diversas actividades culturales que ampliarían el horizonte de los pobladores de las riberas.



RAMÓN G. BONFIL, PÁTZCUARO, MICH., 1956.

Con base a su experiencia y recuerdos, dice el Prof. Bonfil:

“ La educación de adultos ha cambiado seriamente. Por ejemplo, desde el siglo pasado hay escuelas nocturnas para adultos en la ciudad de México. El primer puesto que yo desempeñé en mi vida profesional fue el de maestro de nocturna; fui a presentarme ante el director de la



RAMÓN G. BONFIL, 1942.

escuela. Los compañeros opinan que usted viene con técnicas nuevas, me dijo. Luego me habló de la caperucita y de todos los cuentos para engatusarme a que tomara el primer año: está bien, le respondí. Sólo que es muy difícil atraer a los adultos, agregó. De modo que yo fui de casa en casa, a las vecindades, a las fábricas; hubo más de sesenta alumnos inscritos, pero al final sólo quedaron 12 alumnos que lograron aprender a leer y escribir. Los demás se habían ido”.

“En una junta de maestros, yo estaba muy callado. El director me preguntó: ‘El más locuaz, el más joven de los maestros está muy callado. ¿Qué la pasa Bonfil?’. ‘Señor — le contesté —, este es mi primer año de experiencia y se me fueron los alumnos, me siento muy mal’. ‘Pregunte al Secretario — me dijo él — cuántos se presentaron el año pasado. Me enteré de que a mediados de año el maestro de primero pasaba a ayudar al de sexto porque a esas alturas ya no había alumnos, de manera que todos me felicitaron”.

“De esos años aprendí que el secreto de la educación de adultos era tratar a las personas como adultos. No pueden utilizarse las mismas

técnicas que con los pequeños, aunque ambos son aprendices. Por eso, cuando llegué a la Secretaría de Educación Pública intenté separar a las escuelas nocturnas de la Dirección Primaria”.

“Entre aquel panorama y la creación del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA, existe una gran distancia porque se logró que la educación de adultos tuviera un espacio adecuado; el INEA tiene la ventaja de ser descentralizado, autónomo; está aportando iniciativas de renovación que han propiciado un ambiente profesional. Repito, todo esto es valiosísimo porque la educación de adultos ya cambió su contenido. La mentalidad de quienes nos ocupamos profesionalmente de esto ya

comienza a difundirse, al gobierno se sensibilizó de que esto merece atención especial. Seguramente existen fallas que pueden corregirse. Debe cuidarse de no confundir educación de adultos con alfabetización. La primera incluye a todos los adultos, hasta los de postgrado, los minusválidos, etc. La gente se asombra de que en la educación de adultos pueda participar gente de todas las disciplinas: agrónomos, médicos, sociólogos, etc. Antes se pensaba que el maestro de la mañana podía volverse por la noche maestro de adultos; se cambiaba el uniforme y ya, lo que hacía era que seguían tratando a los adultos como niños. De ahí que aplauda la profesionalización que se está dando.”

La experiencia del maestro Bonfil lo lleva a la Dirección General de Alfabetización cuando el Secretario de Educación Pública le pidió interrumpir sus proyectos en CREFAL en 1960.

Pasó después a la Dirección General de Educación Normal en uno de los momentos más conflictivos del sistema, sobre todo en lo que se refiere a las Normales Rurales, donde de acuerdo a su estructura, convivían niñas, o niños, de 12 años de edad con jóvenes de 18 a 20, con

intereses y conductas que permitían mantener sometidos (y no pocas veces vejados) a los más pequeños. Propuso Bonfil separar los ciclos secundarios y profesionales de las Normales Rurales, manteniendo el beneficio de los internados, aumentando sus presupuestos para alimentación y otros recursos. La medida inquieta a las Normales y el propio general Lázaro Cárdenas, en su oportunidad creador y todavía simpatizador de ellas, se enoja; “Se le explica: había 15 costales con maíz y frijol revueltos, se separaron ambos en sus depósitos específicos y se agregaron separadamente costales de maíz y costales de frijol”. Se fundaron más secundarias y más normales; los que más aplaudieron esta medida fueron los padres, casi todos de origen campesino, y los estudiantes más pequeños. En el decenio 1960-1970 además de Director de Educación Normal, fue Director de Alfabetización y profesor en la Normal Superior.

En 1971 el licenciado Luis Echeverría lo nombra Subsecretario de Educación Primaria y Normal, nuevamente en un momento de cambio y vuelve a recorrer el país una y otra vez. Independientemente de cuestionamientos al mayor o menor acierto de planes, programas y libros de texto, debe decirse que estos últimos fueron formulados por primera vez con el concurso de especialistas en materias diversas, pedagogos y maestros.

En 1976, Ramón Bonfil se acoge a la jubilación... Se le llama nuevamente

Y por varios años preside la Secretaría General de la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito. Simultáneamente continúa presidiendo la Academia Mexicana de la Educación, A. C., que aglutina a profesionales de la educación, y que promueve desde hace más de 25 años, publicaciones, seminarios, reuniones nacionales e internacionales en el campo de la educación.

A principios del sexenio actual (1989-1994) es llamado como Asesor al Consejo Nacional Técnico de la Educación, comisión que desempeña con entusiasmo, por decir lo menos. Después del importante acuerdo del 18 de mayo de 1992 y sus consecuencias para un nuevo contexto educativo, se nombra al Prof. Bonfil jurado en la evaluación de los nuevos libros de historia. El

pasado 7 de octubre de 1992 le fue concedida por el senado de la República la Medalla Belisario Domínguez.

A la fecha ha cumplido cerca de 90 años de vida activa, dedicada fundamentalmente a la educación de niños, jóvenes, adultos y campesinos; siempre con una visión crítica, de entrega valiente y socialmente orientada. “Los cambios sexenales bruscos no permiten la continuidad de programas — nos dice él mismo — ; por ejemplo, el cambio de gobierno del sexenio de Cárdenas al sexenio de Avila Camacho fue muy traumático. Debería haber equipos de personas encargadas de la vigilancia de los programas prioritarios que permanezcan independientemente de los sexenios; una especie de equipo de maestros especialistas en los programas y ajenos a los grupos del que sale y del que entra. El mismo equipo debería evaluar los programas como parte de la transición”.

Educador de educadores en la cátedra y en los puestos públicos ha insistido el Prof. Bonfil en que el hombre debe iniciar su educación en la cuna y terminarla en la tumba. “Un buen maestro inicia su formación al egresar de una Normal y no debe abandonarla sino hasta el momento de su retiro”. Es enemigo de la inercia, el conformismo y la rutina. Su pasión es la lectura y cualquiera que sea o haya sido su situación económica, es incapaz de entrar a una librería y no salir con tres ó cuatro volúmenes que se refieran a educación sobre todo, en las áreas de adultos, campesinos y formación docente, así como sociología, problemas agrarios y literatura diversa, del campo de la poesía y novela; son estos los temas que más le interesan. Su jornada de lectura y elaboración de textos es de 8 a 9 horas diarias.

La transición de la sociedad mexicana de una sociedad agraria a una sociedad urbana y los efectos que produce dicha transición — en cuanto a la educación — han ocupado por muchos años el interés del Prof. Bonfil.

“En 1921 la población rural de México consistía en 8 millones de personas, equivalentes al 60% nacional, y en 1990 la población rural es de 27 millones, equivalentes al 24% nacional, pero en números absolutos en estos 70 años transcurridos, el sector se ha multiplicado más de 3 veces. Urge atenderlo”; y agrega sobre el dilema derivado, en extremo interesante para la educación



RAMÓN G. Bonfil, 1946.

que se refiere al contexto campo vis a vis ciudad “hay educandos rurales que se quedan en su sector y educandos urbanos que se quedan siempre ahí, pero hay un sector en tránsito del campo a la ciudad que se salió, se desclasó, se va a la mendicidad y no es educado en los contenidos específicos que se requieren”. El Prof. Bonfil recuerda aquí materiales educativos urbano-orientados, que también se enviaban al campo incluyendo conceptos de las ciudades desconocidos en el área rural. Al respecto y como una más de las abundantes anécdotas que enriquecen las charlas con Don Ramón, recordó en este punto el caso de cierto inspector escolar de zona rural que, hace muchos años, fue obligado por las circunstancias a acercárseme y preguntar al respecto de un texto, ¿qué es eso de semáforo?, nunca he visto uno, ¿qué es eso?, él no lo sabía.”

Los escritos inéditos del Prof. Bonfil, que esperamos un día sea posible publicarlos, seguramente sumarán varios tomos y su temática, que constituye la vida misma del Profesor, permitirá a los estudiosos e interesados, reconstruir y seguir el hilo de muchos y variados aspectos trascendentes de la historia de la educación nacional des-

pués de la Revolución Mexicana. A la fecha sólo le ha sido posible publicar: “Ensayos sobre Educación Rural” y “La Revolución Agraria y la Educación en México”.

Sus actividades no se han visto circunscritas al ámbito nacional y como representante de México ha acudido a congresos y conferencias en la UNESCO, la OIT y la OEA, en Europa y algunos países de América Latina. El gobierno de la República Argentina y la UNESCO, por ejemplo, en su momento solicitaron asistencia a Bonfil durante 3 meses, para supervisar sus programa de educación rural.

Rasgos que mantiene vivos el Prof. Bonfil, son su amor por México, y su preocupación por la educación de las nuevas generaciones, para que en esta época de “globalización” “sientan” a su país. Aquí interviene su decisión de “seguir luchando” coherente con el idealismo real que mantiene y que se sustenta en la crítica. Estos rasgos y preocupaciones manifiestan, como se hace evidente al hablar con él, que el nacionalismo que suele expresar, es en realidad una parte esencial de su manera de ser y de actuar.

Educador también en su casa, Don Ramón Bonfil formó a siete hijos, tres hombres y cuatro mujeres que, profesionistas honestos y dedicados como él, lo han respetado y admirado como hombre y como Maestro. Lamentablemente debe señalarse que dos de ellos, renombrados en sus respectivas áreas de trabajo fallecieron en forma trágica y temprana significando, como han coincidido en señalar diversos foros públicos, una gran pérdida para el país; nos referimos al líder campesino Alfredo V. Bonfil, desaparecido en un accidente aéreo en las costas de Veracruz en 1974 y el antropólogo, siempre recordado, Guillermo Bonfil Batalla, fallecido en 1991.

La lucidez del Profesor Bonfil no desmaya en cuanto al análisis histórico ni ante el balance de situaciones presentes o en su capacidad predictiva. En el marco del Tratado de Libre Comercio, por ejemplo, señala a este entrevistador con firmeza, “en este sentido”, el de la competencia comercial internacional, es fundamental apoyar la educación extraescolar en el sector rural; es necesario se enfoque ésta a objetos muy concretos de la producción, por ejemplo la selección de semilla o la selección de

fertilizantes, ramas donde por cierto urge detener la corrupción... las Jornadas de Educación Rural que apoyó la Academia Mexicana de Educación se enfocaron en ese sentido. Con el TLC y el mundo globalizador de nuestros días, la educación tenderá a lo mundial, ya no a lo local y en el marco de la liberalización comercial actual, debemos impedir que el tratado sólo nos oriente al consumo; paradójicamente y hasta hace poco, como consecuencia de la crisis económica de los últimos años, el papel del magisterio en nuestro país se había dejado deteriorar; con la actitud de servicio disminuida y substituida por el interés predominante por documentos que avalan licenciaturas, maestrías y doctorados”.

“Hay indiferencia de base en el pueblo hacia las instituciones formadoras de maestros, en otras épocas el maestro gozaba de gran respeto; la historia nos hace, cierto, pero también hacemos la historia. La educación, por otro lado, la veo sin filosofía, sin objetivos, ¿qué queremos de ella? no se cambian las instituciones, sólo se hace retórica...”.

Al plantearle una última reflexión, acerca del deber hacer en el momento actual, el Profesor Ramón G. Bonfil nos señaló sin titubeo alguno “Debemos vincularnos socialmente con la educación, debemos reconsiderar el papel del educador”.

La semblanza anterior ha sido integrada por el autor tomando como base recuerdos, comentarios, escritos personales y textos diversos que hacen referencia a la obra del Prof. Ramón G. Bonfil y que señalamos a continuación. Agradecemos a Cristina, Guadalupe y Alicia Bonfil, el habernos facilitado las fotografías del álbum familiar de su propiedad.

Balhen, J. y B. Rodríguez

La Educación es un Acto Político

“Entrevista a Ramón G. Bonfil”.

**Revista Interamericana de Educación de Adultos.**

No. 10, (1-2), p. 169

CREFAL, 1987.

Bonfil Ramón G.

**La Revolución Agraria y la Educación en México,**

INI-CONACULTA, 1992.

Jiménez Alarcón, Concepción

**La Escuela Nacional de Maestros. Sus orígenes.**

SEP, colecc. foro 2000, 1987.

Servín Massieu, Manuel

**Notas tomadas durante sesiones de entrevista al Profesor Ramón G. Bonfil.**

Cuernavaca, marzo-abril 1993.

**Ramón G. Bonfil**

SEP, Unidad de Información y Relaciones Públicas

Oct 1992.

Varios autores

**Mi pueblo durante la Revolución**

INAH - CONAFE - MUSEO NACIONAL DE CULTURAS POPULARES

Colección Divulgación 1985.